



Apariencia y política

Carlos Longhini

Ya en los inicios de la reflexión y de la actividad políticas se puede apreciar una fuerte relación entre política y formas de expresión, la que a veces ha sido analizada como cierta variante de teatralización, de espectáculo dirigido a los súbditos, de medio de exaltación del poder del soberano. En los análisis contemporáneos se advierte una especial atención en relación a la vinculación de la imagen y la política, lo que se hizo particularmente interesante con la exacerbación de dicha relación a través de los múltiples medios tecnológicos posibles para la proyección de la imagen como un elemento de capital importancia en la política. Sin embargo, quiero mostrar que en *El Príncipe* de N. Maquiavelo se expresan una serie de problemas que tienen que ver con el tema de la apariencia y la política y que contribuyen a mostrar la originalidad de este pensador que por momentos expone perfiles teóricos que lo ubican como un clásico, y que otras veces aparece como un moderno.

Desde el inicio de la obra -en la dedicatoria a Lorenzo de Médicis- se advierte una relación especular entre el conocimiento que tiene el príncipe del pueblo pero también el que tiene el pueblo del príncipe, y es este último dato el que cobrará importancia capital¹. Esta primera aclaración del autor introduce de lleno -si bien esta temática está desarrollada en la segunda mitad del libro- la necesidad de la imagen en el actuar político, lo que directamente llevará también al tratamiento de la apariencia.

Uno de los caminos por el que se puede abordar *El Príncipe* es el de la investigación de la noción de virtud² y, a través de ella, comprender otras nociones importantes tales como las de política, autoridad, poder, soberanía, justicia, etcétera. Se ha insistido, y con acierto, que en la noción maquiaveliana de "virtù" confluyen la fuerza viril, el éxito y la perfección, que se ilustran, sobre todo en el príncipe, a través de la gran empresa

exterior. En el muy comentado capítulo XVIII es en donde se puede hallar gran parte de lo que, pienso, es clave para entender su idea de virtud; el principal consejo se dirige a advertir al gobernante que debe saber pelear con dos armas: con la fuerza y con la astucia, recomendación que se hizo famosa por la graficación de las conductas del león y de la zorra³. En las respectivas características de las consideraciones antropomórficas de estos dos animales, están implícitas las determinaciones posteriores porque fuerza y astucia son categorías explicativas de las acciones y son, también, la celebración de la exterioridad (que para la figura del príncipe va a ser clave).

Ya los antiguos⁴ tenían esto en cuenta, a tal punto que Aquiles fue encomendado al centauro Quirón para que este -debido a su doble naturaleza- enseñara el uso tanto de la fuerza como de la astucia ya que se da por supuesto que con la última sola el poder no es durable. Quirón es la figura de la revelación inmediata que no tiene necesidad de elementos intermedios, fuerte y libre de toda duda, se despliega a sí misma a través de una exuberante capacidad de obtener recursos de su mitad bestia y de su mitad humana. Si bien los ideales clásicos de la virtud no son descartados, deben complementarse -en el ámbito político- con las técnicas del manejo combinado de la fuerza y el engaño. La violencia de la animalidad, la sutileza de la astucia, la legalidad como forma de violencia, la fuerza como derecho del más fuerte para usarlo según la circunstancia, son los ingredientes principales que conforman el aparentemente contradictorio actuar virtuoso del príncipe.

Precisamente, la plasticidad y la variedad en sus formas de presentarse son esenciales a la virtud, una *cierta* exteriorización en relación a su objetivo. Estas características ponen en evidencia el carácter instrumental que se la asigna a la virtud, de manera tal que las acciones virtuosas son tales no por guardar relación con algún tipo de contenido material que se considere virtuoso sino por sus resultados: la obtención de fama y de gloria que vienen a ser algo así como la esencia de la figura del príncipe y la meta de la virtud. Por ejemplo, “hacer grandes cosas” no posee ni un valor intrínseco ni tampoco una grandeza por algún tipo de relación determinada por una escala de valores, sino que está ligada a que pueda

traducirse en gloria y alabanzas para el príncipe. Cada afirmación es signo del incremento de la potencia del príncipe y sólo desde esta perspectiva tiene un significado, revelando que el príncipe no es tal por la virtud, sino que más bien, ésta lo es por el príncipe.

Esto va a ser determinante en su consideración de la política, siendo su verdadero y único fin la delineación del hombre que domina el orden de las cosas y de los hombres y que logra que todo revierta en un aumento de su gloria y de su fama. El fin de sus exhortaciones, el objetivo de las reglas no es la construcción de un estado organizado, no se habla del estado: se afirma la figura del príncipe y su mantenimiento⁵. El estado -al igual que los hombres, los sentimientos y las creencias, la fe y el comportamiento moral-, son simultáneamente medios e ilustración de la grandeza del príncipe. Si éste es virtuoso se servirá de todo para incrementar su poder. Que el estado sea signo del poder, y que el poder y la gloria sean la esencia del príncipe, se puede deducir del hecho de que entre las posibles configuraciones que puede asumir la virtud, no se contempla la posibilidad de un retiro del príncipe por el bien de la comunidad: su virtud es habilidad de dominio y sólo se explica en su ejecución efectiva, fuera de esto es nada.

La estima y los ejemplos constituyen las coordenadas de la dimensión espectacular del poder. La exhibición vale por aquello que hace ver, no por aquello que manifiesta. La estima se basa en un reconocimiento imaginario porque no representa objetivamente algo, se sostiene en una relación que -sustancialmente- es de simulación y disimulación en la que aquello que se ve no revela lo que es⁶.

En una gran medida esto es avalado por el hecho de que para Maquiavelo en la política estamos siempre en el área de la opinión, de los movimientos y de los efectos superficiales e inmediatos, de las creencias útiles permanentemente alimentadas, y de las apariencias convincentes preparadas con arreglo a poder producir un determinado fenómeno en los súbditos. Al no haber nada sustancial ni originario en la idea de naturaleza humana que Maquiavelo asuma como fuente de sus convicciones, no ve ningún rasgo de ulterioridad en el príncipe, ninguna indicación que vaya más allá de la gloria, el honor, la fama, la reputación.

El príncipe no es un héroe político y su función no es política en sentido propio ya que no existe una conexión orgánica entre él y el estado, no siendo éste ya más considerado como un *organismo* sino exclusivamente como el ejercicio del dominio sobre un grupo de súbditos (muchedumbre). El estado es absorbido en la figura del príncipe y funciona sólo como expresión legal de su poder, proveyéndole cierta pseudo cobertura jurídica a su fuerza, peligro de una situación que ya había sido advertida en la historia del pensamiento filosófico-político⁷. Si bien es cierto que hay una consideración del pueblo que en autores anteriores era difícil de hallar, el pueblo no es el fondo sobre el cual se extiende -y participa de- la gloria del príncipe sino que más bien se retrata su perfil gregario que contribuye a exaltar la figura del príncipe. El pueblo es comparado con una fortaleza (cap. XX) y este parangón es elocuente por sí mismo ya que grafica su función instrumental por lo que el centro de todo sigue siendo el príncipe: la seguridad debe ser sólo para él y, si el pueblo le es favorable, entonces está en la más segura de las fortalezas. El pueblo siempre será valorado en relación a algún tipo de utilidad porque no sólo le provee de seguridad sino que también lo mantiene al margen de sorpresas si es que logra un consenso efectivo. El consenso guarda relación con la apariencia en tanto a través de ella se produce cierta aparente legitimación de la fuerza que ejerce el príncipe.

La virtud se construye sobre la opinión, y esto constituye tanto su fortaleza como su debilidad. Debilidad porque no es pensable la materialidad de una capacidad prescindiendo de circunstancias -a la vez múltiples e imprevisibles- de modo que un individuo pudiera hacerla valer en toda situación; su fortaleza, porque naturalmente los hombres juzgan por aquello que ven -por aquello tal como les parece que es- y no podrían hacerlo de otro modo ya que a muy pocos les está reservado ir más allá de la apariencia⁸. La virtud se define como "capacidad" que se demuestra a través de la eficiencia que puede existir sin realizaciones tangibles y valorables según criterios externos; al exhibir sus propias realizaciones logra la aprobación y esto incrementa la fama. En realidad, la distinción y la correlación que pudiera haber entre interior y exterior, entre virtud y obra no tiene espacio ni razón de ser en Maquiavelo: la virtud es exterior y

es tal en un mundo de medios. Falta cualquier perspectiva ontológica desde la que se pueda abordarla y la capacidad señalada, se aproxima a cierta habilidad lúdica que posee un gran dominio de la manipulación y que fuerza a imponerse sobre los otros. El hecho que las determinaciones de la virtud sean todas extrínsecas a ella misma, confirma el carácter *superficial* del análisis maquiaveliano. La virtud es una actitud que no puede sino exteriorizarse y que, a su vez, está determinada y depende de lo externo: el éxito es constitutivo de ella y no es virtud si no provee fama y gloria. Por eso la virtud no puede existir sin la presencia de los otros que, de alguna manera, la sostienen en el sentido de que son espectadores que valoran ciertas acciones y que de este modo la producen⁹. El hombre se agota en la opinión que revela su naturaleza comprendida en la apariencia, y bajo este perfil se evidencia la importancia del pueblo en tanto la “más segura fortaleza” pero también se expresa su estricto rol *instrumental*: no es un elemento político constitutivo del estado sino un elemento de la política del príncipe y de su dominio. Si por momentos la valoración que hace Maquiavelo del pueblo parece muy grande, lo es por la importancia que tiene como instrumento para lo cual se tiene en cuenta una ponderación cuantitativa de eficacia operativa.

Si se quiere comprender al príncipe se debe tener en cuenta que sus conductas están determinadas por esta relación esencial con cuál sea la opinión de los otros. Odio, desprecio, aprobación, estima, -enumeración que dista mucho de ser exhaustiva-, reclaman necesariamente la opinión de una platea que valore la acciones del príncipe; de este modo el príncipe viene hecho por esa opinión, “*rehuir las cosas que lo hagan odioso o despreciable*”(cap. XIX). Se produce una situación paradójica cual es la de que el máximo de poder (príncipe) se convierte, debido a la necesidad que tiene del pueblo para mantenerse, en el máximo de dependencia. La variabilidad y la fluctuación de la opinión no permite que se tenga un criterio verdadero al que poder atenerse. Gran parte de la construcción maquiaveliana descansa en los presupuestos recientemente señalados: los hombres son sobre todo portadores de una opinión y el príncipe está dedicado al sostenimiento de ella porque es el único medio para lograrlo y porque es la única realidad a tener en cuenta. Hay una constante

deformación de los preceptos tradicionales de buen gobierno que, en el manejo que Maquiavelo hace de ellos, pierden su finalidad originaria para transformarse en medios de exaltación del príncipe y de afirmación personal.

El orden no es visto como la realización de una comunidad justa y como origen de una vida civil beneficiosa y estable sino como el campo en donde se harán visibles las acciones del príncipe virtuoso. Para que el orden perdure es necesario mantener un equilibrio que debe contemplar, sobre todo, la tranquilidad del pueblo, pero esto no se lo hace por el bien del estado o por seguir a algún tipo de bien común sino porque es manifestación y prueba evidente de la habilidad del príncipe: precisamente, su virtud resplandece en este equilibrio en la administración de los favores más que de la justicia. Del mismo modo que el orden o la justicia, la paz no es considerada un bien en sí sino en tanto es útil para mantener el poder. Todo el esfuerzo del príncipe gira en torno a su figura gloriosa¹⁰ porque el poder consiste en su *representación*; el cuidado de su actividad debe dirigirse a la obtención del favor popular, y la indicación técnica que da Maquiavelo para lograrlo es evitar "*ser odiado o despreciado*". La imposibilidad de presentar la naturaleza y extensión de la virtud entre límites definidos se transforma en algo irrelevante cuando se la identifica dentro del contexto y se la vincula con su función principal que es la de proveer de reputación al príncipe. Bajo esta mirada, que considero imprescindible a los fines de comprender el discurso maquiaveliano, se torna necesario el carácter vago e indeterminado de la virtud ya que ésta debe servir para todas las ocasiones y también en cada caso particular.

Como se señaló anteriormente, el príncipe utiliza técnicas de simulación en gran medida porque se apoya en el principio de que los hombres se satisfacen tanto de la apariencia como de la realidad, entonces la creación de una imagen que sea favorable será una de las más grandes preocupaciones del gobernante por las consecuencias negativas que puede acarrear una imagen no controlada -la imagen, casi un *instrumentum regni*-. La capacidad del príncipe para acomodarse al diferente proceder de los tiempos se logrará a través de un cambio de imagen acorde a las nuevas situaciones, lo que no encontrará mayores obstáculos porque la

práctica de la hipocresía puede mantenerse sin demasiada dificultad cuanto tiempo se quiera, y esto debido a dos cosas. a) La mayoría de los hombres son tan cándidos y tan proclives al autoengaño que toman las cosas de una manera acrítica. b) Cuando se valora la conducta de los príncipes, se está condenado a juzgar según las apariencias; aislado del pueblo, protegido por la majestad del gobierno, su posición es tal que cada cual ve lo que aparenta ser. Obviamente mantener la buena imagen contribuye a conservar el poder y la imagen política articula por un lado, la simulación de las verdaderas intenciones, y por el otro el aprovechamiento del impacto inmediato en los otros. Si se preguntara sobre qué componentes se debiera tener en cuenta para crear una buena imagen, la respuesta es sencilla, aquellos que se fundan en todos los rasgos que “*son tenidos por buenos*”, siendo un problema al margen la existencia real o no de tales rasgos.

Resulta llamativo que las preocupaciones -en *El Príncipe*- giren en torno a cuestiones que tienen que ver con si es preferible ser amado u odiado, con las formas de conseguir fama y buena reputación, con las maneras de adquirir fama y gloria, de evitar ser vituperado, de si el engendrar temor es preferible al uso de la crueldad, etcétera. Maquiavelo constata que el afecto es caprichoso y difícil de controlar y cree que en esto se juega gran parte de los fenómenos que hoy nominaríamos como políticos pero que da la impresión que en nuestro autor se circunscriben a la posibilidad personal de eficacia medida por la creación de efectos que le sean favorables.

Notas

¹ En realidad, en esto Maquiavelo también intenta atraer la atención del príncipe ya que está a su manera “demostrando” la importancia de la visión que tiene el pueblo de quien lo gobierna y, a su vez, señala la imposibilidad de que el príncipe por sus propios medios pudiera advertir esta mirada desde “lo bajo del llano”.

² La política en Maquiavelo se reduce completamente a la virtud, no siendo *El Príncipe* ninguna teoría del estado sino una profunda descripción-exaltación de la habilidad del estadista, y por otra parte es una cierta pedagogía de un tipo

humano ideal que -debido a las condiciones históricas y a los datos de la situación política- se encarnará en la figura del príncipe.

³ Esta imagen es utilizada por Cicerón (*Tratado de los deberes*) y en Maquiavelo esta consideración en torno a la necesidad de luchar con la ley y la fuerza, hace que su pensamiento -respecto a la virtud- se distancie considerablemente del pensamiento político humanista (la virtud moral definía al *vir* y la virilidad -en gran medida- consistía en eso).

⁴ Es famosa la remisión permanente a los antiguos y esto vale para señalar que tanto su discurso como los razonamientos -por cierto sugestivos y convincentes- no obtienen su fuerza de rigor lógico alguno: las motivaciones son una *repetición* porque la autoridad de los antiguos -en cierto modo- se basa en el hecho de que ellos no pueden disentir con lo que Maquiavelo les atribuye.

⁵ Es claro que Maquiavelo no está diseñando una tipología política en el sentido clásico; en su lugar articula cierta hipótesis heroica.

⁶ En este respectó hay una interpretación más o menos generalizada que sostiene que en Maquiavelo se contempla esta estructura de lo que "es" y lo que "aparece", sin embargo para mí gran parte del carácter novedoso de su pensamiento radica en que lo único que hay -en definitiva- es lo que aparece, esto dicho en el sentido de que para la política lo que importa es el efecto que produce, y en esto vale cómo puede el gobernante hacerle aparecer determinados fenómenos a los gobernados.

⁷ San Agustín, *Ciudad de Dios*, IV, 4, 1-15: "Sin justicia, ¿qué será en realidad un reino sino una banda de ladrones? ¿Y qué son tales bandas sino pequeños reinos?"

⁸ Creo que Maquiavelo, en el aspecto aludido, está más próximo a ciertas nociones que provienen del pensamiento filosófico de algunos sofistas que del pensamiento aristotélico clásico, sobre todo en lo que concierne a caracterizar a la naturaleza humana como dotada de cierta incapacidad por ir más allá de las apariencias pero porque en el fondo no habría nada más allá, o mejor, porque en el terreno de lo político todo se juega en el plano de la efectualidad. Las acciones visibles del gobernante son las que lo mantienen en el poder.

⁹ Se hace necesario insistir en que aun cuando en el hombre se pueden mensurar sus acciones, nunca esto puede significar algo así como un diseño de una cualidad o de una naturaleza, sino que sólo señalarían una serie de hechos.

¹⁰ Cuanto más grande e importante sea la materia de la que trate y las dificultades que afronte, mayor será la gloria que pueda derivar de ello el príncipe.